

con la angustia de un náufrago, en la playa
de una remota soledad perdido,
en cruz sobre la arena, como un muerto,
rotas las sienes y en mi sangre tinto.

¡Amor! amor! amor! ¿Por qué la música
resucita tu voz en mis oídos,
si nunca más te escucharé, quimera
ó ruiseñor, en mis jardines íntimos?
¿Por qué vuelvo á sentir entre mis manos
algo que por ser tuyo no fué mío?

¿Por qué vuelvo á esperar? — Solloza el canto
como gimiendo por tu amor perdido;
y la tarde y la música y nosotros,
todo cuanto en mí hay tuyo y en ti mío,
se van desvaneciendo para siempre
en el humo angustioso de un suspiro...
¿Al viejo puerto tornará la nave?
¿Regresará la golondrina al nido?

LA RUECA DE ONFALIA



I

De vuelta de la lucha, ensangrentado,
con mi piel de león sobre la espalda,
¡cuántas veces mi sién he reclinado
en el tibio reposo de tu falda!

Y eran tan dulces tus sonrisas, era
el silencio tan plácido y profundo,
y tan honda la paz, cual si no hubiera
ni monstruos ni tristezas en el mundo!

Y olvidaban mis manos las gargantas
hirsutas de los líbicos leones
y los monstruos que asolan los senderos,

viendo volar las horas á tus plantas,
hilando en frágil rueca los vellones
de tus blancos y tímidos corderos!

II

Una cálida ráfaga de estío
asciende del jardín y nos excita...
Y hacia una paz serena é infinita
nos arrastra la noche, como un río.

Presintiendo la dicha me sonrío,
mientras de amor el corazón palpita,
y á tu marmórea desnudez agita
un fugitivo y brusco escalofrío.

Sobre tu espalda tremulante escribo
la invitación de un madrigal lascivo,
y el alma de cariño se acurruca,

en un beso muy largo y muy sonoro,
al esconder mis labios entre el oro
tibiamente fragante de tu nuca.

III

La luz tiembla en la lámpara. Parece
que por el soplo de tus labios llora...
El silencio de espanto se estremece...
En el viejo reló tiembla la hora...

Está abierta la puerta, cual si fuera
tu ilusión á pasar... Sueña la alfombra
con tus sandalias y el sillón espera
los frágiles encajes de tu sombra.

Con los brazos tendidos aún te espero...
El labio se abre al beso, y la mirada
se rasga en la impaciencia de mirarte...

Solo en la ausencia de pavor me muero,
¡porque viviendo para el mundo, Amada,
tengo como á una muerta que llorarte!

IV

La ola nos separó; me quedé á solas
con tus memorias tristes y queridas,
entre el ronco tumulto de las olas
que iban juntando y separando vidas.

Y me senté en las rocas, escuchando
del mar el sordo murmurar de selva,
llorando tu partida y esperando
la nueva ola que á juntarnos vuelva.

El tiempo el ansia de mis sueños trunca:
la ola que te arrastró no vuelve nunca.
Pero mi alma, en la ribera, sola,

por tu regreso ha sollozado tanto,
que si no vuelve á unirnos otra ola,
nos unirán las olas de mi llanto.

V

Me asesina la fiebre de tus besos.
Lejos de ti me matarán las penas...
¡Ven, aunque crujan de dolor mis huesos
y salten rotas de placer mis venas!

Te estrecharé en mis brazos de tal suerte,
nuestro amor con tal fuerza ha de ligarnos,
que nadie, ni en la Vida ni en la Muerte,
ha de poder de nuevo separarnos.

¿Qué nos importa el odio inexorable?
Ven á mis brazos y el pasado olvida...
Será nuestra existencia un beso fuerte,

absorbente, voraz, interminable,
que empezará en el seno de la vida
y acabará en el seno de la Muerte!

VI

Patios de sombra en el sopor de estío;
perfume de frescura de la fuente
que en el silencio palpitar se siente
con un febril y lento escalofrío;

el ensueño flotante de la hamaca
bajo el fresco verdor del emparrado;
el aire que se aduerme extenuado
en cálidos perfumes de albahaca...

Aletargado el corazón procura
soñar, huyendo de la sorda pena
y el tedio de la vida cotidiana,

con la fragante y lúbrica frescura
de algún baño morisco y la morena
desnudez de una lírica Sultana!

VII

Muero de sed, y mi dolor me bebo;
Y aunque sé que me olvidas y me engañas,
no te puedo olvidar, porque te llevo
como á un hijo, metida en mis entrañas.

Aun cuando encona tu desdén mi herida,
amarte hasta morir será mi orgullo...
¡Mientras me quede un átomo de vida,
ese átomo de vida será tuyo!

Sufrir no puedo más, y estoy tan loco,
que toda pena me parece poco
para pagar tu amor y tu ternura...

Ni en la Muerte mi amor podrá olvidarte,
¡que aun en el fondo de la sepultura
mis huesos crujirán al recordarte!

VIII

Esta perpetua soledad me espanta.
Mi mal no encuentra un corazón amigo.
¡Si pudiera abrazarme á tu garganta
y mis tristezas sollozar contigo!

Hoy tengo precisión de tu ternura.
Mi vida necesita de consuelo,
¡de brazos que sostengan mi amargura
y no la dejen desplomarse al suelo!

En la carne, en el alma, la honda herida
que tus manos cerraron, hoy se ha abierto...
Y con su sangre escápase mi vida!

Mi jardín sin tu cuido se deshoja...
¡Sin ti mi corazón es como un muerto
que no encuentra ni tumba que le acoja!

IX

Si en tus desvelos sospechar pudieras
lo enconado y profundo de la herida
que me abriste al partir, quizás volvieras
con tu cariño á reanimar mi vida.

Desangrado se muere el pecho mío...
Es cada hora una esperanza menos...
No me espanta la muerte, pero ansío
expirar al amparo de tus senos.

Yo soy un pobre niño sensitivo
que fuera de tu amor no encuentra nada.
Algo de mí al marcharte te has llevado...

Yo no sé qué será... Mas sé que vivo
como un cuerpo sin alma, ó como un alma
que sin cuerpo y sin vida se ha quedado.

X

Oigo tu corazón. Temblando siento
en el silencio su tenaz latido:
es el reló que marca mi tormento,
péndulo que jamás indica olvido.

Isócrono y tenaz me va diciendo
las hondas penas del amor distante...
Te estoy hablando, y le estoy oyendo
hablarme de tu amor á cada instante.

Igual que te recuerdo, me recuerdas:
como combato yo, tu amor combate,
y á veces se estremece de igual frío...

Tanto tu afán con mi dolor concuerda,
que el corazón que tras mi pecho late
ya no sé si es el tuyo ó si es el mío!

XI

En las vagas penumbras de la estancia
un perfume sutil soñando queda:
olor de carne de mujer, fragancia
de cabellos, de encajes y de seda.

Algo tibio y sutil que nos evoca,
cuando ahora en el recuerdo lo aspiramos,
el aliento calino de una boca
que en un sueño, muy pálidos, besamos.

Vaga como en los templos el incienso,
un perfume de besos tan intenso
que hasta parece que en tus labios nace...

Al par místico y lúbrico, y tan fuerte,
que deja mi faz pálida y me hace
cerrar los ojos y anhelar la muerte.

XII

Sonreía entre sueños, reclinada
la sien sobre los blancos almohadones,
con la mano de nieve aún apoyada
en un pequeño libro de oraciones.

Tocaba á misa la campana. El eco
de un paso incierto resonó en la calle,
y del balcón por el luciente hueco
penetraban los árboles del valle.

Mientras ella soñaba, yo veía,
aspirando el olor de los jardines
hasta ensanchar con su frescura el pecho,

fulgurar la primera luz del día
en el áureo hebillón de sus chapines
colocados en fila al pie del lecho.

XIII

Este lecho ha crujido bajo el peso
del insaciable ardor que nos inmola,
mientras en un interminable beso
hicimos de dos vidas una sola.

Hoy tiembla bajo el peso de mis duelos,
y me ve, recordando tu cariño,
morder las blancas sábanas de celos
para acabar llorando como un niño